

El grito, el balbuceo y el griterío♦

Marcus André Vieira

mav@litura.com.br

www.litura.com.br

I. El grito

En mi camino analizante, nada estuvo más presente que el sentimiento de alguna cosa perdida que se presentaba sobretodo como una voz perdida. Quería encontrarla bajo la forma de la palabra justa, el "no" firme, la respuesta inmediata que insistían, claro, en quedarse fuera de alcance.

Una situación subrayada por Lacan en el *Seminario 11* figura esa imposibilidad. Él estaba durmiendo y se despierta con golpes en la puerta.¹ Es una situación traumática minimalista. Vemos cómo la incidencia del Otro nos alcanza y perturba, en este caso bajo la forma de un sonido, pero no podemos oírlo, porque sólo al despertar se puede oír alguna cosa. Al mismo tiempo, sucedió algo que marcó el momento de despertar y lo definió.

¿Hay una pérdida estructural respecto a nuestra propia voz? La voz de quien está en la tierra de los sueños no puede ser escuchada por el sujeto despierto. Tal vez por eso tantos sueños terminan con la incapacidad de gritar. Por otra parte, ¿cómo aceptar esa imposibilidad y renunciar a este ser que insiste en decirse en nuestros sueños?

La noche anterior a una sesión memorable, me desperté como Lacan, sobresaltado en el silencio de la noche, con algo que acababa de oír. Después de un tiempo me di cuenta de que había sido despertado por mi propio ronquido.²

Como escuchar nuestra voz desde el otro mundo es imposible, encontrarla proviniendo del exterior –en una grabación, por ejemplo- es siempre un poco traumático. Nada de eso fue lo que experimenté aquella noche. No escuché mis ronquidos, pero era como si todavía estuviesen allí. Fue un momento muy especial, "entre-dos", hecho al mismo tiempo, de sonido y de silencio.

Tal vez por este sentimiento de "entre-dos", la secuencia de las sesiones que siguió fue de suma importancia. Del sueño interrumpido, nada recordé, solo que yo estaba

♦ Texto para el testimonio presentado en las Jornadas de la NEL, 23-25 octubre 2014, Lima, Perú. Publicado en *Bitácora Lacaniana, Revista de Psicoanálisis de la Nueva Escuela Lacaniana*. N. 4, Buenos Aires, Grama ediciones, septiembre 2015, pp. 39-45.

¹ *O Seminário, Livro 11*, Rio de Janeiro, JZE, 1985, p. 58.

² Como ouvir nossa voz do outro mundo é impossível, encontrá-la vinda do exterior, em uma gravação por exemplo, é sempre um pouco traumático, o que talvez justifique a grande dificuldade de assumir que se ronca. Nada disso experimentei naquela noite. *O Seminário, Livro 10*, Rio de Janeiro, JZE, 2005, p. 298.

siendo abrazado con fuerza, lo que provocaba un sonido en el pecho. En relación con este sueño, surgió un recuerdo.

Recién graduado en medicina, estaba de guardia en una clínica psiquiátrica, sólo para mujeres. En una de mis rondas, una paciente obesa, sentada desnuda en un rincón toda la mañana, llamó mi atención. Al acercarme, me di cuenta de que ella balbuceaba algo. Me acerqué, me incliné para escucharla, lo suficiente como para que ella se volviera hacia mí y me tomase lentamente en un poderoso abrazo. Imposible deshacerse de ella. Luché y grité, y fueron necesarias cuatro enfermeras para sacarla de encima de mí.

El recuerdo me remitió a una situación radical mucho más antigua: la mano en la garganta que me ahogara cuando tenía ocho años, en una agresión hecha por otro paciente, en la clínica psiquiátrica de mi abuela, donde pasé los momentos más importantes de mi infancia. Esa agresión personificó toda la atmósfera de violencia que me había callado. No era sólo la mano en la garganta, sino todo el contexto en el que los gritos de los pacientes en crisis también me habían petrificado más de una vez.³

Buscar la voz firme sólo resaltaba la forma en la que siempre había estado luchando con una violencia muda. Mano en la garganta o grito del loco, fueron siempre una enorme presencia, no necesariamente silenciosa, pero sí sin sentido, lo que Lacan llama la voz áfona del superyó. lo que sintetizo aquí con "el grito".

II. El balbuceo (y el tambor)

En la escena de la muchacha en la clínica psiquiátrica, no había nada de eso. El abrazo podía hasta ser una evocación de la escena de la agresión, pero no de la misma manera. Era un recuerdo divertido. El balbuceo se oponía a los gritos de mi infancia y el abrazo se oponía a la mano en la garganta.

En lugar de la voz del superyó, encontraba el ronquido en el pecho y aquel balbuceo. Incluso antes del abrazo, la muchacha ya me había envuelto con su voz que, allí, era parcial, resto. La voz no siempre invade de manera total, puede conectar sin aplastar, lo que me permitió estar en ese abrazo, como el objeto involucrado, pero no sofocado. La siguiente interpretación del analista, tuvo un papel decisivo: "Tu corazón es un tambor." El tambor remitía a la guerra que había sostenido hasta entonces en mi relación al Otro. Pero, resonando en el pecho, eco de la llamada a luchar, este sonido ponía las cosas en movimiento. Hasta entonces la voz del Otro me volvía soldado (con

³ Estivera sempre às voltas com uma violência muda. Mão na garganta ou grito do louco, era sempre uma enorme presença, não necessariamente sem som, mas sem sentido, que Lacan denomina a voz áfona do supereu. Não admira que a voz seja o modo de presença do Outro recorrente nos relatos dos religiosos, assim como dos psicóticos (cf. Vieira, M. A. "Silêncio" (isso não é um silêncio)", *Opção Lacaniana online* nova série, Ano 4, Número 11, julho 2013, disponível em http://www.opcaolacanianana.com.br/pdf/numero_11/Silencio.pdf - acesso 17/03/15.

ganas de escapar de él todo el tiempo). Yo era el tambor del Otro. Ahora, yo podría dejarme tomar por el sonido del tambor que no se confundía conmigo y disfrutar un poco del enlace que eso hacía con el Otro.

En esta interpretación sintetizo la extracción de la voz como objeto. No más total, no más solamente en el campo del Otro superyoico.

Nunca encontraría la palabra exacta o el “no” idealmente firme para poner fin a la batalla. La marca, el choque del lenguaje sobre lo vivo de mi cuerpo esbozó un destino de *hablanteser*, con esta imposibilidad. En el mismo golpe, sin embargo, ha insertado un goce oculto. Dicho de otra manera: la misma llave del brazo que apretaba la garganta podría ser abrazo, el mismo grito que callaba podía resonar en mi pecho. Encontré un goce incluido en el trauma: el de dejarse agarrar y así enlazarme.

Resumo así, en un recuerdo y una secuencia de sesiones, todo un proceso lleno de idas y vueltas, e interpretaciones. Traer un poco del goce del objeto a la vida, hacerlo pasar de resto a la causa, supone un reconfigurarse. Suena simple, pero fue necesario cambiar mucho en términos de identidad oficial, del agitado agitador viril, para vivir ese lugar de objeto en vez de morir de vergüenza por él.

Este goce del objeto ¿es un goce femenino? Ciertamente él era pasivo, pero no femenino, en el sentido radical que le dio Lacan.

Mi agitación viril en un extremo, y la recién descubierta docilidad de agarrar y ser agarrado, formaban la gama de pasiones dictada por el guión que los encuentros, más o menos traumáticos con el Otro, fueron constituyendo como fantasma. Pero, hay vida más allá de las pasiones del fantasma.

La clave para la conclusión llegó con el encuentro con el goce femenino y eso no sería posible si no fuera la extracción del objeto con la posibilidad de vivir el goce de agarrar y ser agarrado. Es sólo entonces que pude percibir cómo el goce condensado en el objeto, contiene sólo una parte de la vida que llevamos en cada uno de nosotros.

Mientras que el goce del objeto es un horror o una vergüenza, bajo la alfombra tenemos la impresión de que el fantasma contiene todos los caminos de nuestro goce. Sin embargo, cuando el goce del objeto pasa al régimen de lo posible, se verifica que hay más en esa casa, un goce que no viene bajo la alfombra, pero que está fuera de escuadra, fuera de forma, sin ley. En ninguna parte y en todos lados.

Entiendo cómo este goce sin forma puede ser para muchos un estrago. Puede presentarse como desborde, también como hemorragia vital, o incluso como violencia proyectada sobre el enemigo. Para mí, sin embargo, tan fijado por el goce fálico, la certeza de su presencia fue un alivio.

Es él quien dio el tono al momento "entre-dos" del despertar, su condición litoral, en términos de Lacan. Muchas veces debí haberme despertado por mis ronquidos, pero en ese momento fue diferente porque mi análisis ya me había llevado a experimentar la condición litoral, un goce sin localización en el cuerpo, aunque en él presente. Especialmente el balbuceo y el tambor en el pecho, encarnado en aquel momento por el ronquido, verdadero acontecimiento de cuerpo, pero de un cuerpo sin consistencia imaginaria.⁴

⁴ Parafraseando Arnaldo Antunes: “o buraco ensina a semente a não caber em si” (Antunes, A. “O Buraco”, encarte do CD *O Silêncio*, BMG/Ariola, 1997. Este gozo pode ser devastação ou transbordamento,

Así que tendría: el grito (superyoico), el balbuceo (el tambor), vino a seguir el griterío.

III. El griterío

Un sueño vino a poner estas tres categorías de sonidos y de presencias del Oro en escena. Tanto el superyo con la petrificación y la agitación viril (su otra cara), como y el goce del objeto. pero tan bien este goce sin Otro, goce del Uno, una porción de vida no drenada por la operación del fantasma que aparecía en el sueño como alboroto, barullo, agitación sin cuerpo, griterío.

En otros testimonios describí este sueño en detalles pero hoy quiero subrayar como lo que fue hecho con este sueño en análisis fue fundamental, pues se pudo nombrar ese goce suplementario.

La agitación sin cuerpo que presentaba el sueño como un puro sonido sin imagen fue situado por mí en una sesión como la presencia de un "mordido". No desarrollaré lo que era el tema de la mordida (que remitía a mi padre, pero también a la mano en la garganta, lo importante es que el término traía consigo para mí inseparablemente, la agitación sin ley de los perros). De hecho, este significante en portugués puede designar a alguien atacado por perros, pero también a alguien agitado muy vivamente, sin ninguna razón.

Yo hablaba del sueño, que figuraba una calle en la noche. Del otro lado de la calle bien oscuro, estaba un espacio sin imagen donde venía solamente un barullo intenso y muy vivo, no un grito pero un griterío, un alarido. Fue cuando el término se impuso a mí como la manera precisa y única de traducir este goce sin forma.

Digo traducción para no decir interpretación porque esta nominación no tendría nada que ver con la interpretación del analista respecto al tambor. No se trataba de extracción, parcialización de la presencia vocal del Otro, pero de traducción, presentificación de lo que vivía de un goce sin sentido.⁵

Esta nominación fue tan importante que generó otro término: *mordidavida*. Él materializaba en sus resonancias, algo más allá de la transcripción del fantasma, algo vibrante y sin lugar, la apertura del campo del encuentro y del deseo, que ya no se reducía más al goce del soldado, ni tampoco al del tambor, y que me abría a posibilidades ilimitadas.

¿Qué es este nombre *Mordidavida*? Me pregunto desde aquel momento hasta hoy. Lo que sé es que cuando nombré el goce sin Otro del sueño como la mordida supe que esto era un acto sin analista, solo. Tan sin Otro como el goce que él nombraba.

Rápidamente pude comprender después que mi análisis se terminaba allí.

Mordidavida habla de ese goce sin reducirlo a un sentido, sería como dijo en otros testimonios, como "morder el mar". Al mismo tiempo recuerda que él no existe sin el

hemorragia vital también, ou ainda violência ao ser projetada no inimigo. Por isso, Laurent fala dele como um terceiro aspecto do trauma para Freud, indicando sua figura maior, o sexual que não se inscreve no princípio do prazer, pulsão de morte (Cf Laurent, E. *Lost in cognition*, Buenos Aires, Diva, 2005, 0. 134).

⁵ "A nomeação é a única coisa da qual estamos certos de que faça furo" (Lacan, J. *O Seminário livro 21*, RSI, 13/4/73). Para a interpretação como vibração cf. Miller, J.-A. (2011). *Perspectivas dos escritos e outros escritos de Lacan: entre desejo e gozo*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, p. 203.

lenguaje. Es lo que resulta de una marca primera, del golpe del lenguaje sobre el cuerpo como dice Miller. No hay nombre para decir lo que sería este golpe, pero la mordida viene, para mí, a aislar eso, "conmemorar" en los términos de Miller.⁶

Este goce sin Otro, goce del Uno ¿exige necesariamente un nombre? En algunos testimonios se verifican nombre neológicos, o solo letras, o más bien fragmentos, de palabras, otros utilizan palabras que ya estaban en su historia. De todos modos, creo que no se puede prescindir de un elemento u otro que se ponga a vibrar, para presentificar este goce fuera de escena.

De hecho, desde el goce que *mordidavida* aislaba, el objeto voz, que se había extraído quedaba un poco risible, toda la guerra, la clínica y también el abrazo y el tambor, se presentaban ahora como los modos que tengo de hacer con este goce sin forma, pero solamente eso, medios para el encuentro con la vida, no son ni los encuentros ni la vida.

Es importante subrayar que no hay continuidad entre el tambor y *mordidavida*. Uno no es la consecuencia del otro, no está contenido en el fantasma. Al mismo tiempo está producido por toda una historia, pero desde afuera.

Eso tal vez explique por qué la palabra que se me ha casi impuesto, se escribió en mí. Eso no se logra sin esta capacidad del lenguaje que llamamos escritura. La escritura nos permite presentar en el lenguaje algo que del lenguaje no tiene sentido.⁷

Creo que fue algo así operado por *Mordidavida*. No es literatura, mucho menos de poesía, pero no es tampoco una formación inconsciente. Es un forzamiento, sin esfuerzo, de la lengua de mis síntomas.

IV. Hacer con la letra

Así es como entiendo por qué Miller define el *sinthome*, como "una escritura salvaje". Si él es el golpe de la lengua sobre lo vivo del cuerpo, entonces la función de la escritura, de la letra (como trazos sin sentido y no como significantes) que puede darle presencia.⁸

¿El saber hacer con este goce del *sinthome* incluye estos nombres que hacen resonar un goce abierto a la invención y al encuentro? Planteo esta cuestión para nuestra discusión.

⁶ Cf. Lacan, J. "Lituraterra", *Outros Escritos*, p. 15.

⁷ Objeto resto, *a letter a litter*,

⁸ Muy esquemáticamente, en el primer tiempo la presencia del Otro era totalizante: como si fuera fuera del sentido, voz enorme hecha de un grito o un silencio total, en ambos los casos solo podía irme o petrificarme. Con la extracción del objeto, la voz pasa a algo parcial, el Otro cambia de estatuto, con él puedo ahora abrazar-me, agarrarme y ser agarrado. Finalmente, esta presencia no se agota en eso, el Otro es mucho más, todo un campo de infinitas posibilidades, lo que encarno el sonido sin forma que *mordidavida* vino nombrar. Essa nomeação ao contrário do tambor suporta-se apenas no equívoco e como tal só pode se realizar com base nessa capacidade de linguagem que chamamos de escrita. Entendo porque Miller define o sinthoma como "uma escrita selvagem". Cf. Escrita como "acomodação de restos" (Lacan, *op. cit.* p. 16), assim como Miller, J-A. *Curso de Orientação Lacaniana, O Ser e o Um*. Lição de 23 de março de 2011. Inédito.

Hay que evocar la función de la letra como litoral, en el límite del sentido, que parece aquí esencial. Y creo que hacer de la letra, litoral, implica asumir un riesgo.

Yo uso el término con el fin de seleccionar uno o más trazos, letras, que se decantaron para transcribir un análisis, pero también en el sentido de correr el riesgo. El riesgo viene a recordar cómo hacer uso de la letra fuera de sentido, genera un nuevo sentido de la responsabilidad. Lo que ocurrió conmigo. Las palabras que tienen sentido, duran en la memoria colectiva, se sustentan casi por sí mismas. Es respecto al sinsentido de ellas que hay que responsabilizarse. Es lo que está presente cada vez que nos angustiamos, muy femeninamente, con la responsabilidad de una página en blanco, esperando a nuestros garabatos.⁹

Lo que el análisis me ofreció fue este riesgo de sostener una lectura muy particular. Este es el riesgo que me trae hoy aquí para tratar de transmitir lo que se escribió en mi análisis y lo que continúa, en el entre-dos, entre dormido y despierto. En este crepúsculo no hay despertar. No hay revolución, como máximo, tal vez subversión (la misma de la de una palabra de amor). Hay conclusión, pero al igual que la mía, sin sosiego final, ya que para el goce femenino, que no tiene remedio, ni nunca tendrá (como dice el poeta): no hay equilibrio, sólo equilibristas.¹⁰

⁹ Infelizmente, oferecem-se como herdeiros patéticos de códigos secretos que já não se referem a quase nada. De todo modo, de um lado a senha, nos grafitis, de outro a palavra de amor, no *facebook*, são modos de retomar indicações de Lacan para abordar nossos dias (Cf. Lacan, J. "O simbólico, o imaginário e o real", *Nomes do Pai*, Rio de Janeiro, JZE, 2005, p. 25).

¹⁰ Na bela expressão emprestada de José Miguel Wisnik em sua coluna de 27/9/14 no jornal *O Globo*.